Catechesi Tradendae

Juan Pablo II, 1979

En comunión con la persona de Cristo

5. La IV Asamblea general del Sínodo de los Obispos ha insistido mucho en el cristocentrismo de toda catequesis auténtica. Podemos señalar aquí los dos significados de la palabra que ni se oponen ni se excluyen, sino que más bien se relacionan y se complementan.

Hay que subrayar, en primer lugar, que en el centro de la catequesis encontramos esencialmente una Persona, la de Jesús de Nazaret, «Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad», que ha sufrido y ha muerto por nosotros y que ahora, resucitado, vive para siempre con nosotros. Jesús es «el Camino, la Verdad y la Vida», y la vida cristiana consiste en seguir a Cristo, en la «sequela Christi».

El objeto esencial y primordial de la catequesis es, empleando una expresión muy familiar a San Pablo y a la teología contemporánea, «el Misterio de Cristo». Catequizar es, en cierto modo, llevar a uno a escrutar ese Misterio en toda su dimensión: «Iluminar a todos acerca de la dispensación del misterio... comprender, en unión con todos los santos, cuál es la anchura, la largura, la altura y la profundidad y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios». Se trata por lo tanto de descubrir en la Persona de Cristo el designio eterno de Dios que se realiza en Él. Se trata de procurar comprender el significado de los gestos y de las palabras de Cristo, los signos realizados por Él mismo, pues ellos encierran y manifiestan a la vez su Misterio. En este sentido, el fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo: sólo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad.

Directorio para la Catequesis

Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, 23 de marzo de 2020

Finalidad de la catequesis

75. En el centro de todo proceso de catequesis está el encuentro vivo con Cristo.

> El fin definitivo de la catequesis es poner a uno no solo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo: solo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad (CT, n. 5).

La comunión con Cristo es el centro de la vida cristiana y, por consiguiente, el centro de la acción catequística. La catequesis está orientada a formar personas que conozcan cada vez más a Jesucristo y su Evangelio de salvación liberadora; que vivan un encuentro profundo con Él y que elijan su modo de vida y sus mismos sentimientos (cf. Flp 2, 5), comprometiéndose a realizar, en las situaciones históricas en que viven, la misión de Cristo, es decir, el anuncio del reino de Dios.

76. El encuentro con Cristo involucra a la persona en su totalidad: corazón, mente, sentidos. No solo concierne a la mente, sino también al cuerpo y sobre todo al corazón. En este sentido, la catequesis, que ayuda a la interiorización de la fe y con ello ofrece una aportación insustituible al encuentro con Cristo, no es la única que favorece la consecución de esta finalidad; sino que lo hace con las otras dimensiones de la vida de fe. En efecto, en la experiencia litúrgica-sacramental, en las relaciones afectivas, en la vida comunitaria y en el servicio a los hermanos, tiene lugar algo esencial para el nacimiento del hombre nuevo (cf. Ef 4, 24) y para la transformación espiritual personal (cf. Rom 12, 2).

Mensaje para la XXVIII Jornada mundial de oración por las vocaciones

Juan Pablo II, 4 de octubre de 1990

El camino de la catequesis alcanza una meta particularmente importante cuando se convierte en escuela de oración, es decir, cuando capacita para el coloquio apasionado con Dios, Creador y Padre; con Cristo, Maestro y Salvador; con el Espíritu Santo vivificador. Gracias a este coloquio, lo que se escucha y se aprende no queda sólo en la mente, sino que conquista el corazón y tiende a traducirse en la vida. En efecto, la catequesis no puede limitarse a anunciar las verdades de la fe, sino que debe procurar suscitar la respuesta del hombre a fin de que cada uno asuma su propio cometido en el plan de la salvación y se muestre disponible a ofrecer la propia vida para la misión de la Iglesia